

IN MEMORIAM

Dra. D.^a María Teresa Miras Portugal*

Rosa Basante Pol**, Eva Delpón Mosquera **

rbasante@farm.ucm.es, edelpon@med.ucm.es



Académica de Número de la Sección de Farmacia, medalla número 26.

En su toma de posesión, celebrada el día 06-03-2019, pronunció el discurso de ingreso: *Los receptores de nucleótidos: piezas clave en la formación del sistema nervioso*.

<https://www.rade.es/academico.php?item=26>

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria de la Dra. D.^a María Teresa Miras Portugal celebrada el 18-01-2023

** Académicas de Número de la Sección de Farmacia de la Real Academia de Doctores de España

A LA MEMORIA DE MARÍA TERESA MIRAS PORTUGAL: LA AMIGA

Rosa Basante Pol

Agradezco a la Junta de Gobierno de esta Real Corporación que me haya permitido participar hoy en la sesión necrológica en Memoria de nuestra compañera académica, la Excm. Sra. D.^a María Teresa Miras Portugal. Lo que es para mí un gran honor, sin dejar de reconocer que fue mucho más grato cuando la Junta de Gobierno me designó para contestar, en su nombre, al discurso de ingreso en esta casa de la Dra. Miras. Fue una espléndida sesión que, como la mayoría de ustedes conocen, se celebró el día 6 de marzo de 2019 y que nunca olvidaré. Porque como dejó escrito Antoine de Saint-Exupéry: *Las cosas no valen por el tiempo que duran, sino por la huella que dejan*, y he de confesarles que dicha huella es imborrable.

En dicho discurso me dedicaba estas palabras: “a Rosa me une una profunda amistad y una forma de analizar las situaciones complejas con buena disposición y tratando de comprender las variadas razones del alma humana. Lo que es siempre emocionante, sobre todo bajo el prisma gallego-berciano puede alcanzar a perfilar esos universos que la mente humana es capaz de imaginar y construir...”. Era cierto, ¡éramos amigas!

Se atribuye a Aristóteles que: *El amigo basado en la virtud es el verdadero amigo*. Por eso, aun desde el dolor y la emoción que me embarga, deseo que mis palabras sean un sentido homenaje a la amistad y a la alegría de haber podido compartir tantas y tantas cosas con esa gran mujer, ¡todo un ejemplo!, que fue María Teresa Miras Portugal.

La muerte, triste, pálida y divina, al fin de nuestros años nos espera, escribió D.^a Emilia Pardo Bazán, y un 27 de mayo, de 2021, M. Teresa se nos fue; en silencio y *ligera de equipaje*, citando a Machado, sumiéndonos en ese profundo dolor del alma. Si bien es cierto que, parafraseando a San Agustín, *Aquellos que nos han dejado no están ausentes, sino invisibles. Tienen sus ojos llenos de gloria, fijos en los nuestros llenos de lágrimas*. Y a María Teresa la sigo, desde esa invisibilidad, sintiendo a mi lado.

La conocí, personalmente, en los albores de este siglo, en la Real Academia Nacional de Farmacia, de la que ambas éramos académicas, ella de número y yo, entonces, correspondiente. M. Teresa es elegida, en 2007, Presidenta de dicha Institución, cargo que desempeñó hasta 2013, ¡primera mujer en desempeñar este cargo!, siendo nominada, al finalizar su mandato, Presidenta de Honor.

Me impresionó su carácter, su paso firme, su constancia, su manera de encarar la vida, y cualquier situación, con un sonrisa y sobre todo su amor por la ciencia, ¡era una enamorada del conocimiento!, con grandes inquietudes humanistas que gustaba cultivar, y he de decir que empatizamos.

Nuestras raíces, ella de las montañas de la Galicia interior, en la provincia de Orense, de la villa de Carballino, ¡oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella! que dijo Rosalía de Castro, y yo berciana de Cacabelos, corazón del Bierzo, ese Bierzo mítico donde el paisaje se vuelve posada, la “Galicia irredenta”, que yo gusto decir, eran nexo de unión. Rosiña, me decía: “Somos unas enamoradas de una tierra que atesora nuestros maravillosos recuerdos”.

Nuestras infancias coincidentes en esa inquietud por saber más; la libertad en un mundo rural, en contacto con la naturaleza, el estímulo de nuestros padres, el recuerdo de lugares, olores y sabores; la empanada gallega, el pulpo “a feira”, la tarta de Santiago, recuerdo la que me trajo en una ocasión de su Carballino, ¡la mejor que he comido!

Desde muy niña M. Teresa era una amante de la naturaleza: “La libertad de la naturaleza es un recinto seguro”, solía decir; plantas, bichos y sobre todo insectos, que gustaba coleccionar. Disfrutaba trepando por los árboles, los cerezos siempre sus preferidos, y sobre todo leyendo. Fue precisamente un libro: *El desierto viviente*, que su padre le regaló a la vuelta de un viaje a Madrid, el que, según me contó, definió su vocación de “descubridora”, aumentando su inquietud y avidez por aprender de todo lo que su entorno le proporcionaba. Podría ser el inicio de su pasión por la investigación. ¡Qué gran científica era!

Era una gran investigadora, como pondrá de manifiesto la Dra. Eva Delpón, su inigualable labor en esta casa como académica fue, aunque corta en el tiempo, extraordinaria. Solo un ejemplo: el excelente discurso de apertura de curso 2019-2020 de esta Real Academia de Doctores, pronunciado el 16 de octubre de 2019, que versaba sobre “*Construyendo un cerebro: de las bacterias al Homo Sapiens*”, en el que afirmaba que “nuestro cerebro es humildemente portentoso y que quizás tengamos que esperar mucho tiempo hasta llegar a comprender lo que supone tener un cerebro como el nuestro y la responsabilidad que entraña el riesgo de ser responsables de nuestro propio destino”, ¡ahí es nada!

En su Carballino del alma disfrutaba viendo la variación de la naturaleza: “siempre tan sorprendente y hermosa que nos hace humildes y agradecidos”, decía. La eclosión de las flores, sus fascinantes multicolores, la abundante vegetación, la belleza de los cerezos en flor cuyos pétalos mece el viento, los rododendros, las camelias, en su espléndido refugio, “su fortaleza”, permítanme la licencia intelectual, ese lugar en el que se sentía feliz, su paraíso de jardín botánico y fauna incluida, en el que los zorros, jabalíes, corzos y donicelas (comadreas) y un largo etcétera eran los verdaderos amos, el aire vivificante ¡incluso se dormía con cobertor en verano!

“He vuelto renacida de Galicia”, me confesaba en agosto de 2020.

Hablar de la Dra. M. Teresa Miras exige destacar su excelente currículum, del que la Dra. Delpón disertará más pormenorizadamente, la importancia y proyección de sus

investigaciones, de su labor como gestora, y los merecidos galardones que le fueron otorgados. Quizás uno de los más apreciados, fuese el “Premio Wonemberger de Ciencia de la Xunta de Galicia”, que le fue entregado, en 2008, por la propia Wonemberger, gran matemática a la que M. Teresa admiraba. De ello hizo hincapié en junio de 2020 al contarme que le habían hecho, por Skype, una entrevista para “Mulleres en portada” un programa de la televisión gallega: “en principio eran 10 minutos, pero acabó siendo de hora y media, y nos lo pasamos muy bien, pero al preguntarme cuando iría a Galicia disimulé como pude las lágrimas que afloraban. ¡Como te traiciona el cerebro cuando piensas que lo controlas!” ¡Sentimientos a flor de piel!

En noviembre de 2019 ambas hubimos de pasar por el quirófano, “tú en San Francisco y yo en la Milagrosa” me escribió con cierta ironía galaica. Tras el susto nos animábamos mutuamente charlando, incluso, de nuestras dolencias.

En marzo de 2020 se declaró la pandemia, ¡para qué reiterar lo que todos hemos vivido!, pero ese maldito Sars CoV 2 nos confinó, generando un momento diferente, y al tiempo sorprendente, de nuestras vidas. Expectantes, vimos día a día con gran inquietud y preocupación, cómo los cambios de una sociedad; sociales, culturales, económicos, políticos, educativos, climáticos... moldeaban, en manos del alfarero divino, bellas piezas que ante nuestros ojos eran caleidoscopios de una realidad disímil que remarcaba, aún más, nuestra impotencia y nimiedad.

Ese aislamiento, yo en Fuentelencina y ella en Madrid, reforzó aún más nuestra amistad, e iniciamos una relación epistolar, utilizando lógicamente las nuevas tecnologías, a través de whatsapp, enriquecedora y gratificante, que M. Teresa calificaba de auténticas vitaminas del alma y un bálsamo para hacer frente a lo que se presenta. Nosotras que, como las señoras de antaño, nada se nos resiste, cualidad y valor añadido para todo tipo de tribulación o confinamiento.

Mas tarde, ante el avance de su enfermedad, proponía: “vamos a resistir y organizar las barricadas “mentales” para que no nos mermen la moral”, esa era su actitud, ante la adversidad, se crecía en el castigo, parafraseando a Miguel Hernández, ¡casi nada!

Siempre positiva, inasequible al desánimo, pendiente y preocupada por todo; su familia, su investigación, sus discípulos, sus amigos, las Reales Academias, me preguntaba por todo y por todos y siempre la palabra de ánimo o elogio adecuada, lo que me ratificaba en los valores de mi amiga M. Teresa, para mi ¡un ejemplo de mujer!, que se enfrentó cara a cara cuando su dura enfermedad llamó a su puerta, aceptándola, y asumiéndola con esperanza, fortaleza, entereza, sapiencia y gran dignidad.

Era valiente y de una desbordante humanidad, mi madre le tenía afecto desde el día de mi ingreso, en abril de 2011, como académica de número en la Real Academia Nacional de Farmacia, en que al final del acto M. Teresa, como Presidenta, le dirigió unas cariñosas palabras, por eso mi madre rezaba todos los días a San Antonio, del cual es fiel devota, pidiéndole por ella y por mí. Un día M. Teresa me envió un vídeo, que le había hecho llegar su hermano, sobre una exposición virtual de camelias, que todos los años hay en diferentes ciudades gallegas, advirtiéndome, porque conocía el bonito camelio que tenemos en Cacabelos: “de modo especial a tu madre. Un poco tarde para su cumpleaños, pero siempre a tiempo para agradecer su empeño rogando a San Antonio. Y que siga insistiendo.” Justificando su empeño de este modo: “me encanta tu madre, tiene las ideas clarísimas ¡A ver quién la contradice! Doña Esperanza, mi madre, también era así”. Me emocioné al leerlo. Esa era M. Teresa.

Consciente en todo momento, por su gran formación, de su grave patología, llamaba a los cambios “*turbulencias*”. Nunca la escuché quejarse demasiado, a pesar de la dureza de su tratamiento incluida la quimio, aunque el día de su 73 cumpleaños cuando la felicité, además de agradecerme, me dijo: “Rosiña, el lado bueno de la quimio es que nunca imaginé que llegaría a cumplirlos”.

Quizás quería que la viésemos feliz. Tal vez la razón, la explicación que me dio: “en neurociencia se han descubierto una serie de neuronas que están en la zona posterior del cerebro, zona visual, son las neuronas espejo, son importantísimas pues llevan a mimetizar el sentimiento del otro. En psicología ese fue un descubrimiento crucial pues permite comprender cómo sin darnos cuenta con optimismo y rostro feliz inducimos el mismo comportamiento en otros. Todo entre los humanos es aprendido, se aprende a querer, a disfrutar, etcétera”. ¡Qué buena lección!

No abandonó el campo de batalla. Sus armas; los adelantos de la ciencia, el amor a la vida, siempre viendo su lado positivo. “La vida es siempre un regalo, hagamos por mantenerla y, hasta en las situaciones más difíciles, el Señor te enseña en la sencillez”, me escribía parafraseando la letra de la canción de Mercedes Sousa: *gracias a la vida que me ha dado tanto...*, añadiendo que: “los poetas nos hacen ver la suerte que tenemos y la inmensidad de lo que nos rodea”.

Ineludiblemente, por encima de cualquier otra consideración, su piedra angular fue su familia, con qué pasión me hablaba de Fernando, su esposo: “Gracias a Dios tengo a mi marido, mi Ángel de la guardia, y así todo va siendo más llevadero” decía, y con qué orgullo se refería a sus hijos Alberto y Fernando.

Con gran ternura y cierta morriña, privilegio para el alma celta, me contaba que, cuando eran pequeños, celebraban la fiesta de los Reyes recitando y haciendo teatro. Nada menos

que el ¡*camello cojito!*, de la admirable Gloria Fuertes. Los niños adoraban el final del cuento, cuando el niño Dios les devuelve el oro, incienso y mirra a los tres Reyes y quiere el camello, mis hijos estaban totalmente de acuerdo con la decisión y disfrutaban, además, de los últimos versos del poema: *A pie vuelven los tres reyes / Cabizbajos y afligidos/ Mientras el camello echado/ Le hace cosquillas al Niño.*

“En fin, Rosiña, como ves, somos unas madrazas en el modo más genuino hispano. Siempre estamos preocupadas por los “retoños”, pensamos que nos necesitan absolutamente, y la realidad es que los necesitamos nosotras. Ver que están bien, que son felices, lo guapísimos que están...”

Yo asentía recitando otro poema de la misma autora, que yo acostumbraba a incluir en mis charlas sobre Tauromaquia y mujer, “Cómo se dibuja un torero”: *para dibujar un torero / hay que tener mucho salero/ se dibuja la montera/ que es el sombrero/ y debajo va la cara y más abajo va el cuerpo...* Ella me decía: “¡Hay que ver lo que te gustan los toros! Me imagino que este año los toros de San Isidro los notarás en falta, pero el año que viene serán de doble casta”. ¡A eso se llama respeto y tolerancia! A ella no le gustaban, como tampoco la caza, pues, aunque su abuelo había sido cazador, su padre no, y se lo había inculcado a sus hijos, y sin embargo, no dejaba de preguntarme por cómo le había ido a Santiago, mi marido, en sus jornadas cinegéticas, si había cazado algunas perdices o conejos, y cómo los iba a guisar, añadiendo: “cuando yo era niña nos regalaban estas exquisiteces y recuerdo a mi madre guisándolas. La verdad es una suerte conocer la naturaleza y saber cómo beneficiarse de su generosidad, sensatez, naturalidad y así debe de ser”. ¡Siempre es bueno caminar juntos aun desde la discrepancia!

Era alegre, y una amante de las costumbres y tradiciones de seu terriña, gustaba hablar, en su celebración, por ejemplo, del entroido, de su riqueza cultural y gastronómica, de lo que había disfrutado de niña y me decía que: “ahora, si fuera en otras condiciones, me gustaría disfrazarme, tomar unas buenas tajadas de cachucha, unas filloas y cantar “oliñas veñen”, feliz de que su padre hubiera escrito muchas letrillas para el entroido de la comparsa de los liborianos en el pueblo, ¡la vida!”. Como a mí también me gustaban, y fui feliz en mi infancia con los carnavales de Cacabelos, disfrazándome, ambas disfrutábamos rememorando esos momentos.

La enfermedad no se detenía, y ella seguía mirándole fijamente a los ojos, ¡casi retándola! Rosa, me decía: “He puesto orden en los tratamientos para que todo sea más amable y humano”. Los últimos días de abril me escribió: “Mis hermanos me envían fotos de los rododendros y todos los que van floreciendo, me llena de tristeza pensar que no podré despedirme. ¡Ni tomar las cerezas!”

Me emocioné por esa entereza, sensatez y lucidez que nunca perdió, y sentí que el final estaba cerca, ¡me resistí a creerlo! solo las palabras de mi querido y admirado Antonio Artalejo, su discípulo, Doctor en Medicina y Académico de la Real Academia Nacional de Farmacia, me hicieron topar con la cruda realidad.

Recordé los versos de Quevedo: *Qué mudos pasos traes, ¡oh muerte fría!, pues con callados pies todo lo igualas*, y leí su penúltimo mensaje ¡todo un adiós! Sus palabras eran de una envidiable cordura, belleza, gratitud, y generosidad, valientes y sinceras, no las olvidaré porque han quedado grabadas para siempre en mi corazón. Finalizaban con lo que, desde mi fe, yo solía decirle: “Dios nunca nos deja”.

Querida María Teresa, gracias por ese ejemplo de vida y de amistad. Te imagino feliz disfrutando de la Paz eterna.

Te seguimos queriendo. Un bico.

He dicho